

Antes de referirme a este libro que tengo el honor de presentar junto a mi buen amigo y gran escritor salvadoreño, Manlio Argueta, quisiera referirme un poco a su autora, porque hay una relación muy estrecha entre el carácter del texto y el carácter de su autor, una relación que no siempre se reconoce. Indagar en la vida de Alicia Miranda es un ejercicio lleno de sorpresas. La primera es descubrir que su nombre, el que usamos para llamarla por teléfono y el que se imprime en la portada de sus libros, sólo es una síntesis de su nombre de pila, que es bastante más largo, sonoro y evocador: Gladys Alicia Eugenia del Rosario Miranda Hevia. Apuesto a que muchos de quienes están aquí y la conocían de previo no sabían ese detalle. Luego descubrimos que en algún momento de su vida cayó en la tentación de seguir la carrera de sus padres, la medicina, aunque dichosamente la realidad le señaló otro camino y ella tuvo el buen juicio de seguirlo. La tercera sorpresa es descubrir el carácter polifacético de su vida: desde los escauceos con la política en sus tiempos de estudiante universitaria, hasta las incursiones empresariales con su recién fundada editorial Montemira. Y entre ambos extremos una extensa gama de actividades: traductora, docente universitaria, escritora, viajera impenitente a bordo de cualquier cosa que estuviera a mano, fueran aviones, barcos, trenes, automóviles. En su periplo académico figuran un bachillerato en francés, una licenciatura en filología de la Universidad de Costa Rica y un

doctorado en literatura latinoamericana de la Universidad de Paris III, Sorbonne Nouvelle.

Es autora de varios libros que mencionaré en orden de aparición:

- San Isidro, una novela corta, en 1980.
- En 1984, la editorial Mesén publica su tesis doctoral titulada Novela, discurso y sociedad
- En 1989 aparece su segunda novela: La huella de abril, publicada por la Editorial Guayacán y en 1991 “Las sílabas azules”.
- En 1993 se la publica en la antología Relatos de Mujeres con dos cuentos.
- En 2005, Ediciones Librería Santa Fe de Buenos Aires le publica su ensayo “El segundo movimiento”.
- Y finalmente, en febrero de 2008 aparece el libro que esta noche nos ocupa: Jaque mate en el paralelo 14.

Como vemos, Alicia Miranda es una intelectual inquieta y prolífica, que se ha asomado a una vastedad de temas y géneros literarios y la historia pareciera ser un astro nuevo en el universo de sus intereses. Esto podría considerarse un dato curioso si se quiere, aunque no es de extrañar en absoluto. Cada vez hay más creadores, sean novelistas, productores cinematográficos o analistas que se apasionan por el pasado. La novela histórica, por ejemplo, vive un auténtico auge en América Latina. Y es posible que ello se deba a que, en la medida en que nuestro presente se torna cada vez más desolador y nuestro futuro cada vez más

incierto, los hombres y mujeres de este siglo XXI sentimos una creciente urgencia de buscar respuestas a tantas angustias en la profundidad del tiempo, allí donde se hunden nuestras raíces. Debe haber algo en lo que hicimos o en lo que dejamos de hacer en algún momento del pasado, que nos ha llevado a este atolladero actual, a este mundo de materialismo absurdo, de violencia descarnada, de individualismo suicida.

“Jaque Mate en el paralelo 14” justamente nos sugiere ese impulso de búsqueda. En la década de 1940, Guatemala vivió uno de los momentos más importantes de su historia. Un movimiento reformista de carácter burgués intentó modernizar aquella sociedad de rasgos parcialmente feudales y esclavistas, en una democracia capitalista moderna. En aquel momento, casi doscientos años después de la revolución que proclamó en Europa la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres, en Guatemala las haciendas se vendían y se compraban con sus aparejos, sus semovientes y sus trabajadores dentro. Aquel movimiento intentó una reforma agraria. Intentó recuperar los derechos históricos de las etnias indígenas que son la mayoría de la población. Intentó desarrollar una infraestructura propia que hiciera viable el desarrollo económico. La figura emblemática de aquel movimiento fue el presidente Jacobo Arbenz, derrocado como todos sabemos, mediante una conspiración dirigida por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y la

transnacional bananera United Fruit Company que fue dueña y señora de Centroamérica durante casi todo el siglo pasado.

Uno se pregunta qué sería de la Guatemala de hoy si ese proceso no se hubiera truncado. ¿Sería Guatemala esa nación desgarrada en que el 70 por ciento de la población total y más del 80 por ciento de la población indígena viven en la pobreza? De haberse materializado aquellas reformas ¿se hubiera producido esa desgastante guerra de 36 años que causó la muerte a más de 200.000 personas y más atraso y marginación para extensas regiones rurales? Se dice, dependiendo de las fuentes, que hay en Guatemala entre 150.000 y 300.000 jóvenes y niños integrados a las pandillas juveniles, las temibles maras que asolan con su violencia y su criminalidad principalmente las zonas urbanas. Constituyen todo un nuevo ejército irregular en guerra, ya no contra las fuerzas armadas, sino contra la sociedad toda. Una guerra ciega y autodestructora. ¿Sería esta la realidad de Guatemala de haberse completado el proyecto reformador? Nunca sabremos con precisión qué hubiera sido de esa entrañable nación si a Arbenz y sus partidarios no se les hubiera impedido por la fuerza completar las reformas iniciadas en la década comprendida entre 1945 y 1954, pero bien puede uno imaginarse que el presente no sería tan desolador ni el futuro tan sombrío.

El libro de Alicia Miranda nos proporciona elementos muy importantes para comprender lo que ocurrió en Guatemala en torno a este intento reformador. Debo confesar que, en un primer

momento, la lectura de Jaque Mate en el paralelo 14 me desconcertó, porque acostumbrado a otro tipo de trabajos históricos, esperaba un discurso diferente: un gran marco teórico, análisis agotadores, una estructura temática compleja. Sin embargo, lo que la autora hace es entregarnos una relación cronológica de los hechos, desde el gobierno precursor de Juan José Arévalo en 1945 hasta la caída de Arbenz y el ascenso del gobierno militar de Castillo Armas en 1954. Los hechos puros y concretos de cada día, sacados principalmente de los periódicos de la época. Poco a poco, Miranda va colocando esos hechos de uno en uno, como si se tratara de armar con precisión de bisturí un gran rompecabezas y, poco a poco también, la lectura nos va iluminando acerca de los antecedentes, los trasfondos, las articulaciones.

Al cabo, llegamos a ver el panorama completo: la caída de Jacobo Arbenz como producto de una conspiración de grandes proporciones orquestada por la United Fruit Company (cuyos intereses habían sido afectados por la reforma agraria) con la participación del Departamento de Estado norteamericano, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y de la propia oligarquía guatemalteca, que deseaba mantener intactos sus privilegios. Se transparenta cómo Estados Unidos insiste en inscribir en el contexto de la guerra fría lo que era un proyecto democratizador y modernizador para la sociedad guatemalteca, presentando a los líderes del movimiento como agentes del comunismo soviético.

Cómo los medios de comunicación no sólo de Guatemala, sino de todo el istmo, sirven de caja de resonancia a la campaña montada desde Washington. Algunos de esos medios aún existen y siguen cumpliendo el mismo triste papel.

La lectura de este libro me ha inducido una tentación que probablemente esté relacionada con mi nacionalidad costarricense, y es la de establecer una comparación entre lo ocurrido en aquella época en Guatemala y lo que ocurrió en Costa Rica, porque existen grandes similitudes de proceso, aunque grandes diferencias de resultados. En la década de 1940, Costa Rica también vivió un proceso de reformas muy importantes en el ámbito de las leyes sociales. Durante los gobiernos de Rafael Angel Calderón Guardia y Teodoro Picado, se creó el Seguro Social, se promulgó el Código de Trabajo y se emitieron leyes para dotar de vivienda a la población más pobre, entre otras importantes medidas tendientes a reducir las brechas sociales. También este gobierno fue derrocado por un movimiento armado, no de militares profesionales, sino de civiles sublevados que también tuvieron una inspiración anticomunista. Pero lejos de destruir la obra iniciada, el nuevo gobierno encabezado por José Figueres consolidó las leyes y promulgó otras nuevas, proscribió el ejército y nacionalizó actividades económicas estratégicas, dando paso a un fuerte desarrollo económico durante la segunda mitad del Siglo XX y a un desarrollo social muy diferente al de otros países de Centroamérica.

¿Por qué fue tan diferente el desenlace de estos dos procesos que tanta similitud tuvieron en sus orígenes? ¿Por cuánto tiempo podrá Costa Rica preservar lo que queda del sistema social edificado en aquellos años?

La obra de Alicia Miranda trasciende de ser un aporte a la historia guatemalteca. Es un aporte a la historia de Centroamérica y un acicate para nuevos emprendimientos que nos lleven a conocer mejor nuestro pasado, a entender mejor nuestro presente y a proyectar más acertadamente nuestro futuro. Gracias, Alicia por este trabajo, y que no sea el último.